

toda sociedad o como el mismo lazo social.

En cuanto hay asociación, *ipso facto* nace una moral rudimentaria; el hecho social engendra el hecho moral.

De tal modo es ello cierto, que los animales que pueden elevarse a la asociación adquieren cierta moralidad, y que la misma moralidad suele nacer con las relaciones de reproducción, causando la asociación familiar.

Hay, en efecto, germen de moralidad desde que hay reciprocidad, y hay reciprocidad en las sociedades de reproducción de los vertebrados superiores, en las que hallamos en gran número manifestaciones altruistas como preliminares del amor, preparación del albergue, cría, protección, amor de los hijos, de los padres, emigración en común, juegos, amistades entre jóvenes, etc. La asociación de reproducción engendra verdaderos fenómenos morales y se funde en la asociación de relación, o sociedad propiamente dicha, generadora por excelencia del hecho moral.

Las asociaciones de relación a veces son intermitentes, como sucede con las aves de las llanuras y de los arbolados: verderones, alondras, pinzones, zorzales, urracas, cuervos grajos, mirlos, reyezuelos, tordos, etc., que se reúnen, no sólo entre individuos de una misma especie, sino con la especie inmediata, para revolotear, posar, buscar comida o platicar entre sí; en todo caso se advierten recíprocamente del peligro: hecho de solidaridad, hecho moral.

También las aves de pantano o de ribera, zancudas, avocetas, garzas, iris, barges, blangios, pluviales y chochas, lo mismo que gran número de aves que viven diseminadas durante el día, se reúnen a la noche para posar sobre el mismo árbol o voltear por los aires para comunicarse las impresiones del día, tales como los grajos de que habla el naturalista Brehm; los gorriones del Havre, de que habla Espinas, que se reúnen sobre el grupo

de árboles que existe frente al teatro para comunicarse ruidosamente sus impresiones, atraídos por el placer de la presencia mutua, por el atractivo del trato recíproco, orígenes de una simpatía más elevada.

He aquí moralidad social caracterizada: los jóvenes de ciertos acuáticos que han perdido sus padres, son criadas por otras parejas. Entre los eiders, las hembras ponen en común en el mismo nido. Los sternes forman sociedades para nidar. Los salanganes construyen sus nidos en común, y los republicanos sociales cubren sus nidos con un techo común. Las cigüeñas alimentan a sus viejos padres, por lo que Sófocles las ha colocado en la categoría de las «aves prudentes». Y los naturalistas admiran frecuentemente el altruismo de los loros, de los pardillos y otros, que cuando el cazador mata uno de ellos, revolotean a su rededor, lanzando gritos plañideros sin temor al plomo mortífero que los persigue.

He ahí un bello altruismo, un verdadero fenómeno de moralidad.

Más aún; la animalidad de los pardillos, de los loros y de otras aves altruistas es moralmente superior a la baja humanidad de los fuegianos, de los tasmanios y de diversos tipos australianos, conocidos por su insensibilidad moral.

De donde se deduce que un organismo de una especie llamada inferior, si está *socialmente desarrollada* en su especie, está moralmente más desarrollada que un organismo de una especie llamada superior que ha permanecido en lo más bajo de la escala de su especie por la inferioridad de su estado de asociación.

Hasta se ha de notar que las aves sociales, aunque con organismo fisiológico inferior, son en realidad superiores a las aves individualistas o simplemente familiares. Por ejemplo, las águilas y otras aves carnívoras, que presentan el tipo de una familia rigurosamente limitada, a pesar de su fuerza física son inferiores, desde el punto de vista intelectual, a los loros y a los gorriones.